

## ORACION

PRONUNCIADA POR EL PRESBITERO SEÑOR DON JOSÉ ALEJANDRO BERMÚDEZ EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO EL 13 DE OCTUBRE DE 1912

*Missimus.. ministrum Dei in Evangelio Christi ad confirmandos vos et exhortandos pro fide vestra.*

Enviamos al Ministro de Dios, en el Evangelio de Cristo, a confirmaros y exhortaros en vuestra fe.

(1 Tesal. III 2)

El historiador que escriba la época actual habrá de tropezar necesariamente con grandísimas dificultades al hacer el análisis de los apellidados problemas sociales de nuestros días. ¿Porque quién, sin un gran trabajo intelectual, será osado a estudiar el pensamiento moderno con el fin de distinguir en él los elementos depositados por los siglos anteriores y sintetizar luego todas las formas de la vida contemporánea, nacidas al choque de tantas razas, intereses e ideas, como germinan en este tiempo, y del influjo de las invenciones científicas, lo mismo que de la multiplicidad de las leyes y la variedad, casi infinita, de las costumbres? Diríase que se asemeja a un lago en el cual algún travieso se hubiese empeñado en arrojar muchos guijarros, para formar en él otras tantas ondas concéntricas que, al encontrarse las unas contra las otras, perdieran la uniforme sencillez de sus curvas e hicieran imposible seguir sobre la superficie de las aguas la regularidad de aquellos pliegues que obedecen, sin embargo, a leyes constantes.

Mas entre todas las ideas modernas ninguna presenta dificultades tan grandes como la incredulidad de nuestro siglo; es ella la enfermedad moral de estos días, porque toda nuestra época no es sino una vasta conspiración contra la fe cristiana; germina este mal, por medio del racionalismo

en las más elevadas categorías intelectuales, y desciende de allí, convertido en una verdadera revolución, hasta las esferas inferiores donde habita el vulgo.

Y el destino del sacerdote y del católico en general es ahora bien miserable si se le considera a primera vista, sin parar mientes en el galardón que le espera en la otra vida. En los primeros años de nuestra era tuvieron que luchar los seguidores de Cristo con el paganismo que les arrebató innumerables víctimas, pero les dio, en cambio, la gloria del martirio; en los días siguientes la herejía hizo incalculables males, no obstante nacieron entonces las obras inmortales de los Padres; luchó la edad media con la barbarie, mas vio surgir de nuevo, en suseno, la filosofía de Aristóteles bautizada por la escolástica en la fuente de los Evangelios, y aunque el renacimiento se manifestó en una corriente perversa, a su lado empero debía desarrollarse otra buena y fecunda en los mejores resultados: sólo en nuestra época tocaba al cristianismo luchar, no contra un error, sino contra todos ellos mezclados en el farrago del modernismo y no le será permitido, por cierto, a lo menos entre nosotros, esperar que en la discusión con hombres desconocedores de lo que dicen y que se burlan de la creencia de veinte siglos, se pueda hallar algo digno de escribirse en los anales de las controversias religiosas.

Al ocupar esta cátedra no alego, ni puedo alegar por cierto, otro título que el de ministro de Dios, mas él me basta, y si uno de los discípulos del Salvador pudo presentarse ante el tribunal griego para hablar allí de su fe, no llevaréis a mal que os hable yo también de ella hoy que, congregados al rededor del altar de la Bordadita, pedís con fervorosa plegaria que la Madre del Verbo Eterno conserve en vuestros entendimientos la luz sobrenatural que El vino a traer a este mundo.

La fe, palabra santa, que el cristiano pronuncia siempre con noble orgullo y respeto profundo; palabra que en la

bios del impío deja ver algo digno de desprecio y odio. Puede afirmarse de ella lo que, de Cristo, dijo el anciano sacerdote que “está puesta para caída y levantamiento de muchos y para señal a la que será contradicha.” (1)

Nos dio a conocer su naturaleza el Apóstol, en la carta a los hebreos, cuando nos dijo de ella que era “el fundamento de las cosas que se esperan y un convencimiento de lo que no se ve” (2). Con estas palabras, según interpretación de Santo Tomás, nos mostró así el fin de la virtud, como su naturaleza, aunque de una manera algo oscura. En los conocimientos humanos hay diversos grados: unas veces alcanzamos una noción simple y en cuanto cabe perfecta que produce una vista clara y una evidencia completa; otras, las ideas se reducen a dudas e incertidumbres o a lo sumo a probabilidades más o menos ciertas y seguras; pero la fe está colocada entre estos dos grados, y así, aunque no alcanza la evidencia de las cosas que se ven, tiene, sin embargo, la certeza de lo que se sabe, nacida, no de las razones intrínsecas de la verdad, sino de la autoridad de Dios que nos la revela. (3).

Comencemos el estudio de la necesidad de la fe en el terreno meramente humano, para barruntar por acá cuál sea la importancia de la fe divina en la vida sobrenatural. Ya San Agustín advertía, en su tiempo, a los maniqueos que sin la fe humana no es posible vivir en este mundo (4). Ella, con efecto, nos acompaña en todo el curso de nuestra vida mortal; apenas la luz de la razón comienza a dejarnos ver el mundo en que vivimos, cuando necesitamos tomar la antorcha de la fe para iluminar, con la ciencia ajena, aquello que no alcanza a mostrarnos la debilidad de nuestro entendimiento. Preséntase ella, delante de nosotros,

(1) Luc. II 34.

(2) Heb. XI 1.

(3) In Epist. ad Heb. Opera Omnia ed. Vives t. XXI pág. 686.

(4) *De utilitate credendi*, XII—Ed. Migne. t. VIII, Col 84.

como huésped natural, y entra en el alma humana como en morada hecha a su medida; nos indica quiénes son nuestros padres y nos revela los solícitos cuidados que tuvieron por nuestro bienestar desde el comienzo de la existencia; nos enseña el camino de la dicha y el amor; descúbrenos la nobleza de la amistad, y nos señala una patria en la cual hemos de vivir y a cuya honra hemos de consagrar nuestras fuerzas. Pasa, con nosotros, del hogar al colegio para servirnos de compañía en casi todo el curso de nuestros estudios; porque, si exceptuamos las matemáticas basadas siempre en una rigurosa demostración, las demás ciencias y artes no pueden ser bien comprendidas al principio sin la fe natural; la gramática y los demás estudios lingüísticos, como ahora se les apellida, no pueden ser aprendidos por la mente, si antes no hace el discípulo acto de fe en las palabras de los anticuarios que le descubren raíces de otras lenguas, para él, del todo ignoradas; en las ciencias naturales, no sólo el alumno, sino el mismo profesor debe contentarse con creer muchos experimentos que otros han hecho, sin meterse a estudiar cosas que le harían perder mucho tiempo; con respecto a la historia, geografía y demás estudios de esta misma clase, es la fe natural camino recto para aprovechar, y en la jurisprudencia y filosofía, lo mismo que en la medicina y en otras muchas artes, la fe en los hombres es amiga fiel en nuestras veladas literarias y sin ella no llegarían hasta nosotros todos aquellos conocimientos humanos nacidos en siglos anteriores y transmitidos hasta nosotros por la fe tradicional de nuestros antepasados.

Y cuando mañana salgáis del colegio y entréis al mundo, esta fe os aguarda a sus puertas, para acompañaros de continuo. Cuando busquéis una mujer para que forme vuestra dicha y sea la madre de vuestros hijos, sólo la fe en ella os asegurará vuestra felicidad, porque el matrimonio es precisamente un acto mutuo de fe y amor. Y si la Iglesia o el Estado confían a vuestros cuidados los más no-

bles intereses, sólo la confianza en vuestras fuerzas y en las de vuestros cooperadores os podrán dar prenda del éxito. ¿Qué digo? Si aun las mismas sociedades necesitan de esta fe. ¿Cómo podrían existir las alianzas y los tratados internacionales si cada uno de los pueblos no creyera confiadamente en la honradez del otro? ¿Y de qué manera se podrían hacer las transacciones comerciales si esta fe no fuera su centro? ¿Decidme, qué otra cosa es el crédito comercial, a que tanta importancia se da ahora, sino un acto continuo de fe en la honradez ajena?

“La fe—concluye un escritor,—la fe en la cuna, sobre las rodillas de la madre, en la educación pública, en las circunstancias más pequeñas y en las más solemnes de nuestra vida, en nuestras relaciones comerciales, industriales y científicas; la fe en la amistad, en el amor y en todos los sentimientos del corazón humano; la fe siempre a cada paso, a cada hora; la fe en toda la vida. En verdad el hombre vive de la fe.” (1)

Y si tanto hemos de creer a los hombres, ¿cómo negamos a Dios este acto de nuestra inteligencia? ¿Cómo podremos afirmar que la fe cristiana es un absurdo y que la razón autónoma no debe alimentarse sino de lo evidente; cuando a nuestra vista aparece el papel que desempeña la fe natural en las relaciones humanas? ¿O acaso los inventos naturales de este siglo de tal manera han levantado el orgullo de los hombres que hayan llegado hasta imaginar que la razón humana es superior a Dios?

Pues aunque el hombre puede ciertamente conocer por las solas luces de la razón las verdades naturales que se refieren a Dios, sin embargo la fe divina trae consigo un auxilio utilísimo, con el cual, desde los primeros pasos que dé, sin gran trabajo y con entera certidumbre, pueda llegar al conocimiento de todo aquello que, siendo base de la religión, apoyo del orden social y ley de las costumbres, le

(1) V. Vant Tricht. *Conferencia sobre la fe*, pág. 22.

son del todo necesarias para llevar vida racional, de acuerdo con la grandeza y dignidad de su fin último; porque la profundidad y sutileza de estas cosas del todo alejadas de los sentidos; la debilidad del entendimiento humano; la multiplicidad de pruebas exigidas en la demostración de estas verdades; la falta de disposiciones de muchos para llegar a conocerlas; los trabajos y quehaceres a que se tienen que entregar muchos a fin de alcanzar el sustento diario; todo esto es parte a impedir que los hombres, con las solas luces naturales, alcancen conocimiento perfecto de estas verdades, que la fe divina les presenta en breve tiempo y sin peligro de error alguno (1).

Por eso, cuando se manifestó la bondad de Dios Nuestro Salvador y su amor para con los hombres (2), vino con El a la tierra otro género de certidumbre por medio de la fe, la cual les enseña así su origen como su fin y su misión en este mundo. Y mientras los modernos y antiguos pensadores se pierden en mil opiniones contradictorias, el hijo de la Iglesia marcha en terreno seguro, apoyado en la revelación. Algunos de esos pensadores han llegado a creer que el hombre es el grado máximo en la evolución de las creaturas; juzgan otros que su ser se debe al fortuito concurso de los átomos; quiénes piensan que el hombre ocupa el grado último en la escala de los seres creados; algunos han llegado a soñar ser el hombre una emanación de la sustancia divina; Epicuro nos dice que estamos aquí para gozar, y un filósofo alemán afirma que estamos en la tierra tan sólo para padecer; los materialistas nos predicán la desaparición completa del compuesto humano, y los panteístas, con lujo de neologismos ininteligibles, nos anuncian la incorporación de nuestro espíritu al Gran Todo, de donde se desprendió, como planeta de antigua nebulosa; y

(1) Cf. S. Th. *Contra Gentes* L. I c VI—De veritate q. XIV, art. 10 ad Resp. Op. Om. t. XII, pág. 5 y T. XV, pág. 35 respect.

(2) Tit. III, 4.

mientras tanto la fe católica nos muestra un paraíso donde se verá a Dios, y la humanidad completa gozará, en cada hombre, de todo bien, sin perderse ni refundirse su personalidad en nada increado ni divino.

Indicó San Juan Crisóstomo la necesidad de la fe, con palabras llenas de gracia y riqueza de imágenes, cuando dijo: "Como sostiene el báculo los miembros temblorosos y debilitados por la vejez, y los pone al abrigo de todo accidente y caída, sostiene la fe a nuestra alma, agitada y turbada por las debilidades del raciocinio y viene a ser como un sostén que le permite andar con seguridad, y encontrar reposo en su virtud; comunícale fuerza y solidez, suple la debilidad del entendimiento con su poder irresistible; aleja las tinieblas, y hace brotar la luz sobre el espíritu sumido en las agitaciones del pensamiento. Los hombres sin fe nos recuerdan la triste condición del peregrino que camina en las tinieblas, que choca contra las murallas, cae en los fosos y se arroja en los precipicios, sin reportar bien alguno." "Los incrédulos, dice San Pablo, se desvanecieron en sus discursos, y el necio corazón de ellos fue entenebrecido; diciéndose sabios se hicieron fatuos" (1). "El hombre, afirma en otra parte el Santo Padre, es como un navío sacudido por la violencia de los vientos; agitado por las olas que se renuevan sin cesar; mas así, como desde el momento en que se arroja el ancla parece como que la nave echa raíz en las aguas, no de otra manera se aquieta el entendimiento, juguete de los pensamientos, tan pronto como penetra la fe dentro de él." (2)

Es ella el principio de nuestra justificación, y sin la fe es imposible agradar a Dios (3); es una aurora y anticipación del cielo; el nuevo sentido de que nos habla San

(1) Rom. I 21.

(2) Hom. sobre el espíritu de la fe. Ed. Grieg-francesa t. IV, pág. 442.

(3) Heb. XI, 6.

Juan (1), con el cual se nos descubre un mundo desconocido y se nos da conocimiento de lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni al corazón humano pudo llegar jamás. La fe es un acto nobilísimo del entendimiento, cuya fuerza perfecciona con maravillosa luz; es obsequio y homenaje de la voluntad a la Sabiduría Increada; es otrosí: don especial de la Santísima Trinidad, pues para darla a luz, conservarla y alimentarla en nosotros, presta el Padre su omnipotencia; el Verbo no se desdeña en venir a predicarla a la tierra cubierto con nuestra carne, y el Espíritu Santo sostiene a cada instante de la vida esa fe en los cristianos. Para predicarla por el orbe fue instituida la Iglesia, y esta fe es el fundamento y la base de todo el edificio divino, y la raíz de aquel árbol que vio en sueños el Rey caldeo, de altura grande que llega hasta el cabo de la tierra, su fruto en abundancia y hay para todos en él mantenimiento (2). Por confesar esta fe murieron los mártires; los apóstoles llevaron muchas fatigas; escribieron doctas obras los padres y doctores, y con trabajos y sudores predicaron esta misma verdad los confesores de todas las edades.

Mas por desgracia, a la vez que marchan los misioneros a enseñarla en nuestras regiones del sur, entre las tribus salvajes, ¡cuántos apóstoles del error pasan su vida afanados únicamente, a lo que parece, en socavarla, destruirla y aniquilarla en muchos de los centros sociales de esta nación!

Escalar las alturas fue siempre empresa difícil. El viajero que sube al levantado Apenino, coronado de blanca cabellera y ceñido de precipicios y torrentes, necesita un guía; mucha paciencia, y humillaciones no pocas, ha menester el ambicioso que intente escalar las cumbres de la gloria, y la ciencia tiene también sus cimas elevadas y gusta de vivir en las alturas; de consiguiente el estudiante que intente trepar hasta ella, tiene que pasar antes por las fatigas de una larga peregrinación. Mas en nuestros días que-

(1) Ep. V, 20.

(2) Dan. I V, 7.

remos ir en todo con mayor ligereza, y ya es lícito pasar por los aires para ver por debajo de los pies los más grandes y levantados riscos, y, o la gloria dejó sus cumbres, o los hombres son más audaces; ello es, en todo caso, que ya no es difícil llegar hasta donde habita esta reina poderosa; pero no acontece otro tanto con la ciencia, mora ella en lo más alto y permanece allí a despecho de la caterva de eruditos que se creen sabios y son perdidamente necios. Y esta semiciencia es precisamente un peligro para la fe; para estos necios decorados con el nombre de filósofos, cada fósil hallado por el geólogo en las entrañas de la tierra, cada análisis del químico, cada estudio del naturalista, es un argumento en contra de la fe; si estudian la historia eclesiástica es con el único objeto de buscar inmundicias que poder arrojar al rostro venerando de la Iglesia; si ojean las Sagradas Escrituras es con el fin de buscar entre ellas y las hipótesis de sus estudios, contradicciones, y poder luégo gritar que toparon conflictos entre la ciencia y la fe, y cuando luégo ven caer acaso al inexperto soldado que velaba por la verdad cristiana, juzgan torpemente que derribaron la fortaleza del catolicismo, cuando no han hecho sino herir alevosamente a algún incauto.

A esto podría añadir, si no temiera abusar de vuestra benevolencia, la ignorancia religiosa tan común en este tiempo, y la educación laica y atea cuyos frutos corrompidos han tenido que comer, muy a su pesar, las naciones del viejo continente; mas de todas estas cosas no tenemos ahora de tratar por menudo, pues no es natural recordar tales miserias en festividades como éstas.

Las pasiones se levantan en muchos, a su vez, para destruir la fe: los miasmas deletéreos del corazón entenebrece la mente, y el hombre, avergonzado de sus crímenes, busca, como el primer padre, un rincón para esconderse de Dios, y no hallándole, resuelve neciamente negar su existencia para ponerse a salvo de los remordimientos de su conciencia, y como el Pretor romano, que no pudo escuchar

de los labios del Redentor la verdad a causa de los gritos tumultuosos de la plebe, el impío de nuestros días no alcanza a oír la verdad eterna a causa del ruido producido por la tempestad de las pasiones, que dentro de su sér se agitan con desusada furia.

Un célebre apologista francés apellidó el problema que hemos venido considerando "Drama doloroso de la irreligión." Desdichadamente ya no nos es dado conceder este nombre, tristemente célebre, a la impiedad moderna; pues más bien que drama, seméjase a una comedia rastrera, en la cual algunos de sus más famosos actores fingiesen múltiples personalidades para esconder quizá mejor de esa manera la miseria de sus espíritus.

A favor de esta fe divina, como especial protectora vuestra, hallaréis siempre a la Virgen Santísima. El culto y la devoción a esta Señora han marcado siempre la división entre el campo cristiano y el heterodoxo. En los cuatro o cinco primeros siglos del catolicismo toda herejía llegó a la negación del Redentor por la negación de la maternidad divina de María, y todos los escritos de los padres condensaron en forma breve e inteligible, así para los doctos como para los ignorantes, la verdad de nuestra religión con sólo defender en sus escritos este privilegio augusto de Nuestra Señora. La herejía del siglo XVI comenzó por negar la virginidad y mediación de María Inmaculada en los destinos eternos del hombre, y terminó por rechazar a Jesucristo, y, por otra parte, en ELLA pusieron sus ojos los cristianos cuando quiso la Media Luna invadir a Europa; fue ELLA arma poderosa contra los albigenses en manos de Santo Domingo; coincide la definición de la infalibilidad pontificia con la de la Inmaculada Concepción.... Mas para qué ir tan lejos cuando hallamos aquí mismo un ejemplo admirable: cuantas veces desapareció de este altar la Bordadita, desapareció de las aulas del Colegio la fe, y, por el contrario, cuando el gobierno mostró el deseo de adelantar la cultura del país con la ayuda de la Iglesia, y confió

a experimentados maestros la dirección de este Instituto, vimos a un mismo tiempo surgir de entre las ruinas que dejó el libertinaje, esta capilla consagrada a la Reina del cielo, y ese claustro que debía oír otra vez, después de largos años de silencio, la doctrina de Santo Tomás.

Debo presentar mi saludo, antes de terminar, a este Colegio venerable por su antigüedad, que participa, como toda obra cristiana, de la naturaleza de la Iglesia: nació, como el Señor, de las entrañas de María; diéronle leyes admirables, sus verdaderos apóstoles, los dominicanos españoles de la colonia; vio derramar la sangre de sus hijos, que lo eran al mismo tiempo de la república; un día pudo asombrarse al ver sus cátedras ocupadas por la impiedad; mas a través de todas estas luchas su vida religiosa triunfó y un glorioso renacimiento en las ciencias y la piedad siguió a la incredulidad de otro tiempo, y podemos asegurar para él, mientras permanezca unido con esta Iglesia, una perpetua duración en medio de las vicisitudes de nuestra historia.

## Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA —  
CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

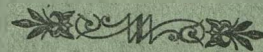
Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 20 ..
Suscripción por año (adelantada).....	180 ..
Número atrasado.....	30 ..

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del  
**Rosario**

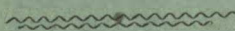
Archivo  
Histórico



# ANUARIO

DE LA

## ACADEMIA COLOMBIANA



El tomo II del ANUARIO—correcta y elegante edición en papel de marquilla (356 páginas), hecha en los Talleres Salesianos bajo la dirección del señor don Emiliano Isaza—contiene importantes trabajos de los señores Rafael Pombo, Diego Rafael de Guzmán, Marco Fidel Suárez, Rafael María Carrasquilla, Antonio Gómez Restrepo, Carlos Arturo Torres, Liborio Zerda, Hernando Holguín y Caro, Carlos Calderón, Guillermo Valencia, Teodosio Goenaga, Obdulio Palacio y Luis Eduardo Viilegas. Se vende en la Librería Colombiana de Camacho Roldán y Tamayo, a \$ 2 oro el ejemplar, en rústica. (Por correo, sin recomendar, a \$ 2,15; recomendado, a \$ 2,25).